

Versaciones de un chupaplumas

Conversación con Lola



– Lola, ¿por qué me hace esas cosas?
– Susi.
– Perdone.
Y colgué el teléfono.
Sonó el teléfono.



– Dígame —

Contesté.

– Comida japonesa.
– ¿Qué comida jap...
– Lo de la balda de arriba, la bandejita envuelta en albal.

– Lola, no me refiero a eso.

– Pues lo otro, en la de más abajo, son croquetas listas para freír que se las haré mañana porque se le iban a poner muy revenidas.

– Lola, que no es eso...

– Pues natillas, en la tercera, en el bolcito de duralex.

– No. Lola...

– Pues yo no le he hecho nada más.

– ¿Nada más en cinco horas?

– Cuatro horas y tres cuartos.

– ¿Y por qué cua...

– Porque he llegado a y diez, ya se lo dije, y me he marchado a menos cinco por lo del cuarto de hora de ayer ¿No ha leído el post-it?

– A eso iba...

– Pues hala, vaya, que yo no tengo prisa... Ah, y la palabra en francés ya me he acordado yo sola, es “madame”.

– ¿Quién?

– La de la ventana de enfrente, con nombre de flor.

– ¿Camelia?

– No, de las Teáceas, no. No la del arbusto perennifolio que no huele a nada. La otra.

– No sé, Lola. No caigo.

– ¿Por la ventana del patio no?

– No la entiendo, Lola.

– No hay que entenderla, sólo aceptar que en el mundo somos muchos y tiene que haber de todo. Usted es que es muy puritano y perdone...

Versaciones de un chupaplumas

Conversación con Lola

- Ah, se refiere a doña...
- Esa, esa, si la tengo en la punta de la lengua. Mucho más bajita que la otra pero blanca siempre; símbolo de la pureza.
- ¿De la pureza?
- Vamos, no sea cuadriculado. Puede tener un corazón de oro.
- Está bien. Dejemos eso y volvamos a...
- Oiga, pero... En su casa no había teléfono inalámbrico.
- No lo hay, ¿por qué cambia de tema?
- Porque como iba usted a leer la nota y noto que ya la ha leído.
- Lola, por favor, que no es... — Respiré hondo y opté por empezar de nuevo —: ¿Por qué me hace esas cosas, Lola?
- ¡Pero si ya hemos discutido porque no hice nada más! Aunque, ah, sí, ahora que me acuerdo contesté el teléfono, dos veces...
- ¿Y?
- La primera era de esa compañía de teléfonos tan pesada...
- ¿Y usted que le dijo?
- Que soy la asistente. Ya sé que es lo que dicen todas las señoras, pero no siempre va una a estar ocurrente. Y luego su tía, la de los gemelos.
- A, sí, los primitos...
- No, no de la Rebolledo; de la camisa esa que se puso el otro día porque quería causar buena impresión.
- ¿Y qué quería?
- Nada. Es muy lógico el ir bien presentado cuando se quiere causar buena imp...
- Digo ella.
- Ah, ella se había equivocado, llamaba a otro sobrino; y que a usted no valía la pena llamarlo tan temprano porque estaría durmiendo como los escritores son todos unos crápulas y un hatajo vagos. Literal.
- Por cierto, ahora que ha sacado usted el tema de mi profesión, ¿querría explicarme...
- ¿Por qué lo dijo; quiere que yo le explique por qué ella dijo eso?
- No, Lola...
- Ah, pero si no me importa. Dijo que es usted un desastre y un zángano; y también que un presuntuoso porque que quién lo mandaba a usted meterse a abogado...
- ¿Abogado yo?

Versaciones de un chupaplumas

Conversación con Lola

– Déjeme seguir. “¿Abogado el señorito?”, le dije yo. Y ella dijo que “abogado ese inútil, sí”. Y que ella, tonta de ella, por secundarlo y darle ánimos se pateó toda la ciudad para comprárselo...

– ¿Comprarse qué?

– A usted, los gemelos, para que cuando fuera a visitar a su cliente le inspirase confianza ¿Por qué si no habría yo de saber lo de los gemelos ni lo de la cadena...

– ¿Cadena también, de oro?

– No; perpetua, de ella. Aunque también se podía estar refiriendo a la del perro.

– No tengo ninguna tía con perro.

– Su cliente, clienta... Su clienta tenía perro y luego, es lo último que supo su tía, estaba atada de pies y manos... ¿no le parece excesivo?

– No sé, porque como no estoy entendiendo nada.

– Su tía tampoco, dice, pero que así fueron las cosas y que usted se colocó la toga y las chorreras con mucho desparpajo...

– Pero, Lola, si yo en mi vida he sido abogado...

– El caso es, quiera usted reconocerlo o no lo quiera, que usted estaba dispuesto a dejarse la piel por sacarla de allí.

– ¿De dónde?

– De la cárcel.

– ¿Y porque estaba en la cárcel? — Decido seguirle la corriente; tal vez pueda recopilar datos bastantes para, en el caso de que lo que me traigo entre manos no prospere, pasarme al género policíaco.

– Porque la inmigrante, que debía de ser una bruja y mire que me duele ser tan dura con una compañera de profesión, enarboló su escoba amenazando con golpear al perro.

– Pues, si enarbolaba una escoba...

– Una borde... Dijo que si el perro alzaba la pata en la columna de su portal... Porque ella estaba barriéndolo...

– Ah. Ya entiendo.

– Entonces ella le dijo “yo estoy al lado de mi casa, yo no me he hecho cinco mil quilómetros para venir a molestarla a usted. Usted ha venido a barrer portales y no a dar escobazos a mi perro. Bárralos o márchese a su país”.

– ¿Eso se atrevió a decirle a una inmigrante?

– Figúrese.

– Y con lo penadas que están esas actitudes tan...

Versaciones de un chupaplumas

Conversación con Lola

- Pues por eso le digo.
- ¿y en qué paró la historia?
- De eso es precisamente de lo que se queja su tía, y por lo que dice que es un vago; que por lo visto usted se rajó, se amilanó, tuvo miedo o no supo resolver el caso y se salió por la tangente con un evasivo, dice su tía, “continuará”.
- Pues me deja usted perplejo.
- Ya. Pero usted ha preguntado y... ¿Qué quería que yo le dijera?
- Pues, no sé, pero...
- Ah, me acabo de acordar.
- ¿De qué?
- Quería usted que yo le dijera, ¿no se acuerda?, por qué le había hecho no sé qué...
- ¡Pues claro que me acuerdo! Quería que me explicase...
- Y yo le explicaré todo lo que usted quiera con muchísimo gusto, pero ahora tengo hora en la peluquería. Estaré de vuelta en un par de horas. Llámeme entonces y le explicaré todo lo que pueda. Ah, y espero que le guste el sushi. Venga, hasta luego.
- Y colgó el teléfono.
- Pero luego no la llamé; entendí que nos entenderíamos mejor de viva voz y decidí madrugar al día siguiente; la esperaría levantado y hablaríamos.